

costosas, en verdad, del segundo. Fué eso muchísimo; pero no fué todo: faltaban en aquellos asilos de la humanidad doliente, unos ángeles que velaran á la cabecera de los enfermos, y los asistieran por amor á Dios: faltaban las Hermanas de la Caridad. ¿Por qué no habia de conseguirse que vinieran á esta tierra lejana, cuando se sabe que por aliviar las dolencias de sus hermanos desgraciados, no retroceden ante ningun peligro, ni ante los estragos de la peste, ni ante la furia de los mares, ni ante el estruendo de los campamentos, ni ante los hielos de la Siberia, ni ante lo que es peor que todo eso, la ingratitud y el odio de los hombres? Pues bien: el Sr. Espinosa, ayudado por otros hombres generosos é influentes, logra que las heróicas hijas de san Vicente vengan á Guadalajara, y cuiden de los enfermos, de los pobres y de los niños, con esa solicitud, y esa dulzura y esa abnegacion de la mujer católica, cuyo hermoso y sublime tipo es la Hermana de la Caridad. (*)

Duéleme decir ante los restos mortales del gran bienhechor de los pobres, que aquellos ángeles que hizo venir á costa de tantos sacrificios, han desaparecido, arrojados de nuestro suelo por las malas pasiones de los hombres.

(*) Es de justicia anotar que los Illmos. Sres. Aranda y Vereá, fueron los que proyectaron, primero que nadie, traer á Guadalajara Hermanas de la Caridad, y el Sr. Espinosa, que encontró muy adelantado este negocio, trabajó en darle y le dió completa cima.

¡Sombra ilustre del Sr. Espinosa, compadeceos, como siempre lo hicisteis, de la ingratitud humana, y rogad á Dios por vuestros pobres y por vuestra infortunada México!.....

En hablar de la piedad y de los sentimientos caritativos de nuestro nunca bien llorado señor Arzobispo, me he detenido mas de lo que yo intentaba, con perjuicio, si cabe expresarse así, de otras mil virtudes suyas, de que nada he dicho, ni podré ya decir, porque estoy muy fatigado; porque, además, temo cansaros, no con el asunto, sino con el desaliño de mi palabra, y porque referir todas sus virtudes, seria cosa interminable.

Mas propio y hacedero seria investigar, no qué virtudes practicó el Sr. Espinosa, sino ¿cuál no practicó? Pues la respuesta en tal caso seria muy sencilla. Ninguna, porque todas le fueron familiares. Consuéleme el reflexionar que la caridad verdadera y ardiente supone todas las demás virtudes, puesto que las demás no son sino el brillante cortejo de aquella, que es la reina de todas. "La caridad es paciente, benigna, modesta, no busca su propio interes, sino los intereses de Jesucristo." Si he señalado, pues, la caridad del Sr. Espinosa, señaladas quedan sus demás virtudes, las cuales podrian muy bien cantarse y resumirse en estas palabras de un himno de la Iglesia: *Qui pius, prudens, humilis, pudicus. Sobriam duxit sine labe vi-*

tam: Piadoso, humilde, prudente y casto: su vida fué sin tacha.

Su diócesis lo vió consagrarse á ella todo entero y hacerle cuantos bienes pudo. No se contentó con atenderla y regirla desde la capital, sino que la visitó en distintas direcciones y por los puntos mas lejanos, á pesar de su avanzada edad, de los peligros que corría, y de lo muy penoso que es un viaje por nuestras montañas y nuestras costas del Pacífico. Los pobres indios del Nayarith, entre otros pueblos, recordarán siempre que su santo obispo visitó un dia sus cabañas y sus tribus, y los consoló, y alivió su triste situacion, y los bendijo, y ungió su frente con el óleo y el bálsamo de la Confirmacion, y estableció escuelas para sus hijos, y nuevas misiones religiosas para que los instruyeran y salvaran sus almas.

¿Dónde tomaba fuerzas para trabajar sin descanso en la viña del Señor este siervo suyo? ¿Dónde? En la oracion, alimento y fortaleza del espíritu, en el sacrificio de la misa, en Jesucristo, fuente perenne de salud y de vida, y en el amor á la Virgen Purísima. Cuando levantaba su alma hácia el cielo, recitando el oficio divino, estaba animado de tal fervor, y se penetraba de tal modo del espíritu de la Escritura santa, que edificaba y conmovía á los que lo acompañaban, causándoles no sé qué santa veneracion y temor. Este deber augusto del sacerdote, el rezo del oficio divino, era para el Sr.

Espinosa el deber mas grato é imponente: por eso, aun fuera del coro, rezaba casi con la misma pausa, con la misma gravedad, á la misma hora exactamente que allí, y hasta con cierta solemnidad, como allí se acostumbra, en los dias clásicos.

Si cumplía así con el oficio divino, ¿cómo celebraría el mas augusto de nuestros misterios, el sacrificio del altar? Mejor que decirlo yo, podeis vosotros imaginarlo. Allí, allí en el altar, al tener la Hostia sacrosanta en sus manos, y al llevarla á su pecho, era donde hallaba el secreto de su fuerza, y donde lo hallaba todo: luces, amor, virtud, delicias inefables.

Y con la Virgen Purísima, ¡qué dulces y tiernos arrobamientos tenía! ¡qué palabras hallaba para Ella en su corazon! ¡qué ofrendas le hacia su amor! ¡qué gracias y qué consuelos recibía de Ella en sus amarguras! Solo en el cielo tiene ahora mayores goces, que los que tuvo en la tierra, al contemplar á esta dulcísima Madre, especialmente cuando él vió que comenzaba su episcopado con la gran victoria alcanzada por María y por el orbe católico, en la definicion dogmática de la Inmaculada Concepcion. ¿Lo recordais, señores? Secundando los deseos y la excitativa de su obispo, Guadalajara levantó mil areos de triunfo, se vistió de gala, y sus templos celebraron y felicitaron en veintiseis funciones solemnes á la Reina de los cielos, siendo solemnísi-

ma, entre todas, cual nunca quizá, la que esta catedral le consagró, con motivo de ese fausto acontecimiento.

En un hombre tan benemérito y tan santo, no faltaba para colmo de su gloria, sino el que se cumplieren estas palabras de Jesucristo: "Bienaventurados los que padecen persecucion por la justicia," y se cumplieron por fin en el Sr. Espinosa. Era preciso que contra el infatigable defensor de la verdad, de la justicia y de los derechos de la Iglesia, se ensañara la Revolucion y lo persiguiera de mil modos. Hé aquí los hechos.

Uno de sus caudillos perpetró en S. Illma. un plágio infame, camino de México, á donde iba á refugiarse, y poco despues la Revolucion misma lo condenó al destierro y le causó atroces sufrimientos. No se abatía, sin embargo, su cabeza; pues en toda adversidad veia una prueba á que Dios le sujetaba. Oid, si no, lo que contestó al autor del plagio, cuando le exigía por rescate una gran cantidad de dinero: "General, le dijo, alzando con dignidad la frente: ni yo, ni mi Iglesia, podemos dar la suma que se me pide, porque no obstante lo instruido que parece éstais por uno de los vuestros, acerca de los fondos y cuentas de la catedral, ignorais aún que ninguna cuenta hay, sabedlo bien, que tenga por objeto rescatar obispos. Yo, ademas, ya daré orden de que ni mi Cabildo, ni nadie, dé nada por la libertad de que se me despoja....." ¡Qué respuesta, señores!

Digna de un San Atanasio, ó de un San Remigio. Mas el Dios que libró á Daniel en el lago de los leones, arrancó al Sr. Espinosa de las manos de aquel caudillo. La Iglesia de Guadalajara recordará siempre con gratitud á las personas que tanto trabajaron en conseguir, como en efecto consiguieron, la libertad del ilustre preso.

El mismo Dios lo protegerá y lo consolará despues en las amarguras del destierro. Y así sucedió positivamente, de un modo palpable. La Providencia divina le deparó desde luego, sin solicitarlo, el auxilio de una casa tan generosa como opulenta: la principal, y muy respetable y piadosa señora de la casa Barron, tuvo á honra el sacrificar su propio reposo, y los goces y las conveniencias del hogar y de la patria, por hacer compañía con algunos de sus hijos, al Sr. Espinosa en su destierro, y expensó, con una delicadeza digna de ella, una gran parte de los gastos cuantiosos del viaje.

Y en Estados-Unidos, y en España, y en Roma, y en todas partes donde encontraba á nuestros hermanos católicos, era saludado con respeto y rodeado de toda especie de consideraciones, el venerable obispo mexicano, á quien daban el glorioso título de Confesor de la fé. En Roma, sobre todo, á donde encaminó sus pasos, pidiendo á Dios no morir sin llegar *ad limina apostolorum*, y sin ver á esa gran figura de nuestro siglo, S. S. Pío IX; en Roma, sí, recibió mil singulares distinciones del Vicario de

Jesucristo, que ya lo esperaba, que ya conocia su nombre y sus méritos, y que ya habia leído la "Exposicion á S. Santidad, sobre el estado de la Iglesia mexicana, y principalmente de la de Guadalajara;" trabajo ejecutado por el Sr. Espinosa durante su destierro. ¡Oh! ¡qué entrevista la de aquellos dos santos é ilustres ancianos! Por parte del Prelado mexicano, ¡cuánto respeto, cuánto amor filial, cuánta admiracion, cuánto júbilo, al hallarse al pié de aquel trono del Pontífice Romano, que no han podido derribar ni conmover siquiera, en diez y nueve siglos, todas las potestades del infierno, y junto á aquel hombre que es obedecido y amado por doscientos millones de católicos, diseminados por todo el mundo, y que es mas grande, en medio de su debilidad, que ningun soberano de la tierra! Y por parte del Sr. Pio IX ¡cuánto interés y simpatías por el hijo perseguido y desterrado, por el ungido del Señor, por el príncipe de la Iglesia de Guadalajara! Pio IX se digna dispensarle su confianza; le dice esas palabras de consuelo, de esperanza y de fé que solo él sabe decir; escucha atentamente los juicios del sabio obispo mexicano, sobre los puntos de un probable Concordato entre Roma y nuestro país; aprueba sus observaciones á este respecto, principalmente la de que en ningun caso quede el clero mexicano, asalariado por el gobierno civil, con mengua de la dignidad é independencia del sacerdote; le concede cuanto solicita para el engrandecimiento y el

mejor gobierno de su diócesis; accede, por el mayor bien de los fieles, á la ereccion del obispado de Zacatecas, y por último, S. Santidad, complacido del saber y virtudes del Sr. Espinosa, y de la grandeza é importancia con que supo describirle y presentarle á nuestra diócesis, lo eleva al rango de primer Arzobispo de Guadalajara, y á nuestra Iglesia por tanto, al de Iglesia Metropolitana.

Lo honró todavía mas: le dió los títulos de Patrio romano, y de Prelado Asistente al Sacro Soglio Pontificio; le hizo obsequios preciosísimos, y extendió su mano y bendijo al pastor mexicano y á su grey. Ya no volverian á verse en esta tierra de miserias y de constante lucha, sino en el seno de la Iglesia triunfante.....

Volvió el santo obispo á su patria, á la patria que llamaba á sus pastores y lloraba su ausencia, pues nunca ¡oh no! pudo ninguno de ellos decir lo que aquel héroe de la antigüedad: "Ingrata patria, no poseerás mis huesos;" porque no fué la católica y generosa México, mil veces no, la que ingrata despidió á sus obispos. ¡Perdone Dios á los que sumieron en la consternacion al pueblo mexicano cuando los arrancaron de su seno! Nuestro venerado arzobispo, que no nos olvidó ni un instante, ¡cómo anhelaba verse entre sus amados hijos en Jesucristo, para comunicarles los privilegios y gracias que les mandaba el Padre comun de los fieles! ¡Cómo deseaba realizar mil grandiosos y benéficos proyectos